

La Familia en el Horizonte del Misterio Pascual

Pedro Morandé

La *Carta a las Familias*, de S.S. Juan Pablo II, ha confirmado el rico patrimonio de antropología teológica expuesto en los grandes documentos del magisterio conciliar y posconciliar sobre la familia, especialmente *Gaudium et Spes*, *Familiaris Consortio*, como también las abundantes catequesis del Papa sobre el mismo tema. Ante la imposibilidad de abarcar de una sola vez este impresionante material, quisiera abordar algunos aspectos de la familia referidos al misterio de Cristo y, de modo particular, a la reconciliación operada por él con la libre aceptación de su pascua.

1. El matrimonio como alianza de Dios con los hombres

La teología bíblica usa con frecuencia la figura del matrimonio para simbolizar la alianza de Dios con los hombres, como también para revelar la naturaleza misma de Dios y de sus creaturas. Es el propio Cristo que, consultado sobre el matrimonio, remite la comprensión de éste “al principio” (Mt 19,8), es decir, al misterio de la creación: “Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, al hombre y mujer los creó” (Gén 2,24). Pero, a la vez, el último texto de la Sagrada Escritura, el Apocalipsis, describe en su capítulo 21 la ciudad santa, la morada de Dios con los hombres, como la Esposa del Cordero, insi-

nuando que la expresión del Génesis “vendrán a ser los dos una sola carne” simboliza adecuadamente la comunión escatológica que el Dios-hecho-carne, el Cordero, establecerá con todos aquellos a quienes ha elegido.

De manera más explícita todavía, San Pablo aplica la figura del matrimonio indisoluble a la relación de Cristo y la Iglesia: *“Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos se harán una sola carne (cf. Gén 2,24). Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia”* (Ef. 5, 28-32).

Por su parte, los Padres de la Iglesia establecieron también explícitamente el paralelo entre el nacimiento de Eva del costado de Adán y su espontánea expresión *“esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gén 2,23) y el nacimiento de la Iglesia del costado de Cristo en la cruz, sellándose la eterna alianza con la nueva esposa a quien ve como a su propio cuerpo.

Pues bien, una lectura superficial podría comprender este “misterio grande”, como lo llama San Pablo, en un sentido puramente alegórico, como una metáfora que quiere expresar con palabras y signos humanos una relación que es, en verdad, incomprensible con esas palabras y signos. Me parece que esta visión, tan frecuente entre nosotros, ha llevado a una progresiva pérdida de la sacralidad de la relación sponsal y a considerarla sólo como un tipo particular de contrato que incluso, como sucede ya en muchos países, el hombre puede disolver por mutuo consentimiento de las partes o por requerimiento unilateral de alguna de ellas. La sentencia de Cristo: *“lo que Dios unió, no lo separe el hombre”* (Mt 19, 6), interpretada otra vez metafóricamente, pierde su sentido originario, referido objetivamente a la naturaleza misma de la relación matrimonial, para ser considerada ahora como una mera convicción, válida nada más que para quienes quieren creer en ella.

Detrás de esta visión, pienso que hay una inadecuada comprensión no sólo del matrimonio, sino del misterio de Cristo. Los textos citados hablan de la carne y del cuerpo en un sentido ciertamente místico, pero no metafórico sino analógico, y deben ser considerados en el horizonte del ser. Casi todas las herejías en la historia de la Iglesia suelen ser de carácter “docetista”, es decir, terminan considerando el cuerpo de Cristo, su misma humanidad, como una mera apariencia. La misma cruz sería sólo una alegoría, una manera humana para hablar del sufrimiento, del sacrificio, de las penurias de la existencia. La Iglesia, en cambio, no presenta la encarnación como una alegoría o una apariencia, sino como una “hipóstasis”, para usar el término de San Agustín. Cristo se hizo efectiva y realmente hombre, se hizo carne, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (cf. Hb 4,15). Por ello, Dios no le ahorró la muerte. Es en la cruz, precisamente, donde Cristo pronuncia el “sí” eterno e irreversible de quien asume la carne humana en todas sus consecuencias y, desde el abismo de la muerte, proclama la mayor palabra confiada y amorosa que pueda pronunciar quien acepta nuestra carne: *“Padre, en tus manos entrego mi espíritu”* (Jn 23,46). Por ello, ante el misterio pascual del nuevo Adán, cada uno de nosotros puede recordar las palabras admiradas del antiguo Adán al ver a Eva: *“esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gén 2, 23). Es la más grande consolación que criatura alguna podría tener conforme a su naturaleza: el Verbo de Dios asume eternamente la carne humana, sellando una alianza de comunión indestructible entre cada persona y su creador.

2. La libertad humana en alianza con la libertad divina

Toda criatura racional, es decir, cada uno de nosotros, se ha hecho mil veces la pregunta, muy justificada, de por qué Dios, si es efectivamente un Padre amoroso, nos ha creado para la muerte. No es posible responder esta pregunta alejado del misterio de Cristo. Aunque la muerte es el “sino” de todas las criaturas, no lo es para el ser humano si Dios ha asumido su carne. Pero no se trata de un determinismo o de un conjuro mágico. En la contemplación de la

pascua de Cristo, se revela la humildad de Dios ante la libertad de los hombres. Von Balthasar habla en este contexto de la "teodramática", es decir, de cuál es el drama de Dios. En efecto en el paraíso, con la libertad del hombre. Pero esta vez no tiene como protagonista a Adán, sino al Emmanuel, al Dios-Hombre, el nuevo Adán que busca una nueva Eva. Quiere tomar la carne humana y hacer partícipe definitiva al hombre de la vida divina. Pero no quiere hacerlo sino desde la naturaleza que El mismo quiere hacer suya, caracterizada por la racionalidad y la libertad. Por ello, hasta la misma encarnación del Verbo depende de la libertad humana. No se trata, por ello, de que Dios quiera asumir una apariencia humana para, de ese modo, comunicarse mejor con su criatura, sino de asumir su naturaleza, lo que hace pender toda la salvación del universo de la libertad con que El mismo ha creado a los hombres a su "imagen y semejanza".

Sabemos que la libertad del hombre, como en el paraíso, rechaza el don de Dios y sacrifica al Cordero: *"vino a su casa y los suyos no la recibieron"* (Jn 1,11). Pero hubo una persona, sin embargo, que sí le recibió y le dio su carne, María: *"He aquí la esclava del Señor, hágase... (fiat)"* (Lc 1, 38). Es el "hágase" humano más semejante al "hágase" divino de la creación del mundo y del hombre. La maternidad de María tiene, sin duda, una dimensión sponsal. Dios solicita su carne para poner su morada entre los hombres y ella, en la plenitud de su libertad, preguntando cómo será posible (cf. Lc 1,34), que es la pregunta racional que solicita al misterio que se manifieste, sin dejar de ser misterio, al entendimiento humano, acepta el don divino y se abre plenamente al Espíritu de Dios. el mismo silencio contemplativo de María vuelve a mostrársenos en toda su dramaticidad cuando al pie de la cruz, y ante el ruego de Cristo de que sea la madre de sus discípulos (cf. 19,26) renueva la libre aceptación de ser morada de Dios, como ya no lo había libremente decidido en el momento de la Anunciación.

La libertad humana hace, así, una alianza eterna con la libertad divina. Sin la iniciativa divina, sin el amor de predilección, no hubiese sido posible. Pero tampoco lo hubiese sido sin la libre aceptación humana. Por ello, la frase del ángel de que "para Dios nada es imposible" (cf. Lc 1,37) no puede interpretarse como una mera declaración de

la potestad divina, de la omnipotencia, sino como una Epifanía del amor que cautiva la libertad del hombre porque le hace reconocer en él la plenitud de su existencia, la finalidad última de la vida. María es la madre de la Iglesia, es decir, de todos quienes participan de la unión esponsal con el Cordero, porque ante las puertas de su libertad se desplegó el drama de la salvación, y de su libre consentimiento dependió que la sobreabundancia de gracia del nuevo Adán pudiese derramarse a todos los hombres. Por ello, nos antecede en el camino de la fe y puede ser llamada, como lo hizo el Santo Padre, “memoria” de la Iglesia, testimonio vivo de que el divino esposo se inclina y anonada ante la libertad de la criatura, a quien solicita su consentimiento para participar en la eterna alianza que sólo el amor es capaz de concebir.

En el horizonte del misterio pascual se descubre que la suprema expresión de la libertad humana es la entrega incondicional de una persona a otra. Es el “sí” eterno de María al Verbo de Dios, dándole irreversiblemente su carne para habitar entre los hombres. Es también el “sí” de los esposos que se entregan libremente su existencia uno al otro hasta que la muerte los separe. En todos los casos se trata de una entrega personalizada, puesto que se ofrece como don la propia libertad, lo que podría haberse negado o evitado. Nadie puede obligar a otro al amor. Ni Dios mismo lo hace. Tampoco los esposos, ni los padres con sus hijos, ni los hermanos. Es por ello que la Iglesia repite una y otra vez, con insistencia, en la época actual, esa hermosa formulación de *Gaudium et Spes*, pilar fundamental de la antropología cristiana: “*el hombre, que es en la tierra única criatura que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo, sino por el sincero don de sí mismo*” (GS 24). Por ello, en este mismo texto, recogido en la *Carta a las Familias*, se concluye que existe “*cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y el amor*” (GS 24; CF 8).

Sólo personas racionales y libres son capaces de pronunciar recíprocamente las palabras solemnes de su mutua elección y donación. Sólo ellas pueden vivir en comunión, puesto que una unión que alcanza al núcleo constituido de la vida humana supone la “*capacidad de vivir en la verdad y en el amor*” (CF 8). El don de sí mismo abarca la totalidad

de la persona, su eterna identidad, lo que incluye no sólo los talentos y virtudes personales, su historia y experiencia, sino también su "imagen y semejanza" con Dios, reconocida en esta capacidad de vivir en la verdad y el amor. Por ello, la indisolubilidad del matrimonio es una exigencia de respeto a la racionalidad y libertad humana y expresión fiel de la dignidad de la persona. La sentencia de Cristo, "*lo que Dios unió no lo separe el hombre*" (Mt 19, 6), nos da una indicación clara sobre la semejanza, precisamente, de que nos habla el citado texto conciliar, entre la unión de las personas divinas y la unión de los hombres en la verdad y el amor. El consentimiento consciente y libre entre los esposos de entregarse mutuamente la existencia hasta su término en este mundo, expresa la "imagen y semejanza" de la autodonación eterna del Dios trinitario, y por ello no es sólo un testigo humano el que da fe del compromiso nupcial contraído, sino el propio Dios que bendice la unión y derrama su gracia para que se acreciente la capacidad de vivir en la verdad y el amor.

Quienes plantean la posibilidad de disolver el matrimonio o se arrojan la potestad de hacerlo, en el fondo, no creen que la libertad humana llegue hasta el punto de entregar definitivamente a otra persona la vida entera. Su concepto de libertad es mucho más restringido. Concibiendo al matrimonio, como una mera unión de hecho, más o menos estable, según las circunstancias la favorezcan, pero que en razón de esas mismas circunstancias puede terminar en cualquier instante, la máxima libertad que logran concebir es aquella con que el hombre escoge, como en el supermercado, un producto u otro, con una relativa indiferencia frente a la individualidad del mismo y sólo reparando en su utilidad o convivencia circunstancial. Es evidente que en el ámbito del consumo esta forma de libertad es totalmente adecuada, puesto que permite comparar y sustituir un producto por otro, favoreciendo a los productores más eficientes y a los productos de mejor calidad. Pero esta forma de libertad, que funda la elección en el principio de indiferencia, no puede aplicarse a las relaciones personalizadas, donde no es indiferente tener un amigo u otro, un hijo u otro, o una esposa u otra. El amor encarna siempre una forma de predilección y, por ello, la libertad que exige no se puede fundar en la indiferencia, sino en la aceptación de otra persona por la única y exclusiva razón de

ser quien es. Y ese “ser quien es” se despliega a lo largo de toda su existencia, enriquecido por la unión en la verdad y el amor.

Si, como afirma el Concilio, el hombre es la única criatura que Dios ha querido “por sí misma”, en su específica realidad personal y eso se aplica, en consecuencia, a cada uno de los seres humanos existentes, esa misma actitud de predilección es la única que puede reconocer en la persona amada el modo cómo Dios mismo la ama en su especificidad. Por ello, la libertad fundada en el principio de indiferencia en relación con los objetos elegidos, propia de la sociedad de consumo, no alcanza para comprender la libertad de Dios que *“tanto amó al mundo que le dio al único Hijo”* (Jn 3, 16), es decir, que lo amó con el amor exclusivo y predilección que corresponde a la persona. Esta libertad es la misma que se manifiesta en la libre entrega de las personas divinas en su comunidad trinitaria, como se nos reveló en el bautismo de Jesús, o en el Tabernáculo. *“Este es mi hijo amado, en quien me complazco”* (Mt 3, 17; 17,5).

Así, detrás de la indisolubilidad matrimonial se esconde uno de los problemas antropológicos más profundos: la naturaleza de la libertad humana y su semejanza con la libertad divina. Contemplando el misterio pascual de Cristo sólo se puede concluir que la libertad mayor es aquello que corresponde a la entrega incondicional y definitiva de sí mismo a la persona amada. Pienso que es la misma razón por la cual la Iglesia considera el martirio como un acto supremo de amor a Dios, y reconoce inmediatamente la beatitud del mártir con independencia de cuál habrá sido su vida anterior. Reconoce, en otras palabras, que el mártir es el hombre verdaderamente libre. No quiero abusar, ciertamente, de esta comparación. Pero si la donación esponsal profundiza en el “misterio grande” (Ef 5,32) que en ella se verifica y que Cristo eleva a la categoría de sacramento, descubrirá que corresponde a una experiencia de la libertad humana personalizada, análoga a la de todo testigo de la gracia, que sólo puede comprenderse desde el modo cómo el propio Dios actúa. Para ello, el matrimonio puede ser un signo verdadero de la relación entre Cristo y la Iglesia, y puede también hablarse con imágenes esponsalicias de la definitiva morada de Dios con los hombres.

3. La pascua del Señor y las relaciones de paternidad, maternidad y filiación

La muerte y resurrección de Cristo no solo ilumina la unión conyugal en sí misma, sino también la fundamental transmisión de la vida que ocurre en su seno y que da origen a las relaciones de paternidad, maternidad y filiación. La pascua del Señor es el acto de la nueva creación. Al iniciar su pasión, Cristo reza así a Dios: *“Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique”* (Jn 17,1) y en el Gólgota le dice con autoridad al buen ladrón: *“Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”* (Lc 23, 43). Es que en la resurrección de Cristo Dios habla con el principio: *“hágase”*. En la glorificación del Hijo se revela que el acto de la creación, como acto propio y específico de Dios, es un acto paternal-maternal-esponsal: se trata de la autodonación que engendra la vida y que es la vida misma. Cristo en la cruz hace justicia al Creador porque lo revela como Padre de misericordia, mostrando que el “misterio de la iniquidad” es impotente ante el amor que se derrama frente a la aceptación del designio de Dios. como dice hermosamente Juan Pablo II en su encíclica *Dives in Misericordia*, *“La cruz de Cristo sobre el Calvario surge en el camino de aquel admirable commercium, de aquel admirable comunicarse de Dios al hombre en el que está contenida a su vez la llamada dirigida al hombre, a fin de que, donándose a sí mismo a Dios y donado consigo mismo todo el mundo visible, participe en la vida divina, y para que como hijo adoptivo se haga partícipe de la verdad y del amor que está en Dios y proviene de Dios”* (DM 7).

Todos sabemos por experiencia propia que nuestra vida ha sido donada por otros, que nadie ha escogido por sí mismo la existencia, y que, de igual modo como la recibimos, la donaremos a nuestros hijos. Este acto de donación es único e irrepetible, de modo tal que si nuestros padres no nos hubieran engendrado del modo específico y particular en que lo hicieron, no estaríamos nosotros en la existencia. Tal vez alguien semejante, pero no nosotros. Por ello, la reproducción humana no puede ser jamás analogada a la multiplicación de la especie, sino a la particular procreación de personas que no serán jamás intercambiables por ninguna otra. Así se reconoce en la *Carta a*

las Familias, donde el Papa señala que “cuando de la unión conyugal de los dos nace un nuevo hombre, éste trae consigo al mundo una particular imagen y semejanza de Dios mismo: en la biología de la generación está inscrita la genealogía de la persona... En la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente de un modo diverso de como lo está en cualquier otra generación ‘sobre la tierra’. En efecto, solamente de Dios puede provenir aquella ‘imagen y semejanza’, propia del ser humano, como sucedió en la creación. La generación es, por consiguiente, la comunicación de la creación” (CF 9).

Esta participación de los esposos en el misterio creador de Dios no tendría sentido si fuese una creación para la muerte. Quitaría todo valor a la libertad humana, la que aparecería, como lo sostuvieron muchos existencialistas, más como una condena que como el modo personalizado de participación en el ser. La resurrección de Cristo muestra, por el contrario, que la creación de Dios es para la vida eterna, puesto que la libertad humana que sale al encuentro del don de Dios y lo acepta, halla como respuesta la sobreabundancia de Dios, la efusión de su misma vida. De este modo, la cuestión fundamental no es saber si acaso somos o no mortales, sino si la libertad de Dios en diálogo con la libertad de la criatura se manifestará como la vida que nace para la eternidad. San Agustín decía: “quien te ha creado sin ti, no te justificará sin ti”. En sentido analógico, lo mismo debemos decir de cada padre y madre que, en su amor fiel, han engendrado una nueva persona humana, única e irrepetible. Ellos saben que, según la carne, han engendrado un hijo para la muerte y eso no podría dejarlos tranquilos. Pero si contemplan el rostro de Cristo en la cruz, que revela al Creador como Padre, comprenderán que la libre aceptación de la condición humana y su entrega incondicional a quien es la fuente de la vida, hará brotar la sobreabundancia del amor que crea para la eternidad.

Entre filiación y sponsalidad existe, en consecuencia, un vínculo íntimo e intrínseco. Ningún pensamiento utilitarista podría comprenderlo, aunque se esfuerce por encontrar las mejores y más excelsas razones. Como dice la *Carta a las Familias*, se trata de la “genealogía de la persona”. Si la libertad de la entrega incondicional de sí mismo, por toda la vida, es la más alta forma de libertad racionalmente

imaginable, también lo es la transmisión de la vida que engendrará una persona, cuyo íntimo diálogo con la libertad de Dios se arrodilla ante la libertad humana. El Omnipotente entrega al hombre no sólo el destino de su autopreservación como especie, sino también la generación de personas llamadas a la eternidad del amor. No existe un anonadamiento mayor, un *Kénosis* más grande que el entendimiento humano sea capaz de concebir. Ningún cálculo podría resistir esta lógica, sino aquel que es capaz de comprender la dinámica del amor. Por ello afirma San Juan: *"el que no ama no conoce a Dios"* (1 Jn 4,8), no conoce el dinamismo pascual que espera confiado y humilde en que el amor, más fuerte que el pecado y que la muerte, efectivamente se manifestará como en el principio. Por ello, la frase de Cristo: *"Padre, llegó la hora, glorifica a tu Hijo"* (Jn 17,1) es también la frase que repite cada matrimonio cuando, de su mutua entrega, nacerá según la carne una nueva criatura humana.

Esponsalidad, filiación y hermandad entre quienes se reconocen hijos de los mismos padres, son las relaciones que, en conjunto, dan vida a la familia. Ninguno de estos vínculos podría entenderse cabalmente sino en relación con los otros. La alianza esponsal es el fundamento, pero se desnaturalizaría, incluso hasta el grado de llegar a ser inválida, si prescindiera consciente y voluntariamente de la procreación. Por su parte, la condición de hijo no se entiende plenamente si no es como el fruto misterioso de la alianza esponsal que le donó gratuitamente la vida y que fue portadora del designio amoroso de Dios de quererlo "po sí mismo" como persona. La hermandad entre los hijos, a su vez, refuerza la mutua filiación y renueva permanentemente el amor de los esposos. Por ello, como ha sostenido con gran fuerza el magisterio de la Iglesia, la familia es una "comunidad de personas".

4. La familia auténtica comunidad cristiana

Ahora bien, a la luz de la conciencia de nuestra vinculación al misterio pascual de Cristo, descubrimos a la familia como una auténtica comunidad cristiana. El Concilio la llama "Iglesia Doméstica" (LG 11), es decir, una comunidad donde se manifiesta, en virtud del sacramento de

los esposos, el ministerio reconciliador de Cristo, tanto del hombre con Dios como de los hombres entre sí. La familia no es sólo una estructura social donde se verifican una serie de importantes funciones, sino que es un signo del misterio del Dios-hecho-hombre que interpela, en primer lugar, a sus propios miembros invitándolos a una continua conversión, pero también a toda la sociedad que puede encontrar en esta particular “comunidad de personas” un testimonio vivo de la vocación humana. Consciente de esta dimensión evangelizadora, la *Carta a las Familias* hace constante referencia a su misión al servicio de la “Civilización del amor” y en *Centesimus annus* el papa la define como la principal estructura a favor de una auténtica “ecología humana” apelando al aprendizaje del amor que en ella tiene lugar y a que es un verdadero “santuario de la vida” (cf. CA 39).

Durante mucho tiempo esta dimensión antropológica de la familia al servicio de la realización de la vocación humana ha estado más bien en segundo plano en relación a las funciones y roles sociales que en ella se aprenden y se practican. Nadie duda, por ejemplo, que la familia ha tenido una función económica muy importante. El gasto de la sociedad se realiza fundamentalmente a través del consumo de las familias, y son ellas también las que motivan y orientan el ahorro, la seguridad social, el cuidado de la salud. También sigue vigente su rol en la producción, en la organización del trabajo, en la educación. Normalmente aprendemos a hablar en la familia y, en algunos casos, también a leer y a escribir. En fin, proteger a los más débiles y enfermos, acompañar a los ancianos, es una experiencia habitual en la familia. Por importantes que sean estas funciones sociales que cumple la familia no podemos quedarnos con la imagen de que ella es una suerte de empresa multiusos. Por encima de todas estas funciones y, de un modo integrador, la familia es un taller de humanidad que está a disposición de todos los que en ella participan, taller que se prolongará gratuitamente de una generación a la otra. Pero se trata de un taller peculiar, en que los artesanos no son sólo las personas, sino también y principalmente Aquel que, uniéndolo para siempre su vida a la de cada hombre, reconcilió la naturaleza humana herida por el pecado con el plan original de Dios sobre sus criaturas.

Desde esta óptica, quisiera mencionar algunas huellas de este misterio que están presentes en la familia. En primer lugar, en la familia se aprende a conocer y desarrollar una relación humana abierta a perdonar. Ninguna otra institución social, ni siquiera la organización de la justicia, conoce enteramente lo que es la reconciliación, puesto que sólo puede haber perdón allí donde dos o más se reconocen como personas. Es un tema que se vive con dramatismo en todo el mundo actual. ¿Quién tiene verdadera capacidad de perdonar? Si somos realistas tenemos que reconocer, inmediatamente, que por muy nobles que sean las intenciones de los hombres, por muy loables y elevados que parezcan sus propósitos, tras las palabras de perdón, suelen esconderse también reivindicaciones, que no siempre se orientan al perdón, sino más bien a superar el dolor o a buscar venganza, protección o reparación.

Sólo se puede lograr una verdadera experiencia de reconciliación si descubrimos, en la relación sponsal con Cristo, que somos miembros del cuerpo de Quien es en sí mismo un designio de misericordia sobre el hombre. La familia como signo visible de este designio enseña, a través de la cotidiana experiencia del perdón, no sólo a descubrir una dimensión psicológica importante, o a privilegiar la estabilidad afectiva, según los términos que podría usar un psicólogo, sino a descubrir el rostro de Dios presente que reconcilia la vida con su designio originario. El perdón, su sentido ontológico, sólo puede ocurrir si la persona se sabe sumergida en una realidad que es más fuerte que su propia individualidad, que su "yo". La experiencia del perdón vivida en la Iglesia, y también en la familia, Iglesia Doméstica, nos revela a ese Dios que es más íntimo que nuestra más profunda intimidad, al decir de San Agustín.

Otra huella del misterio de la nueva alianza que se experimenta agudamente en la familia es la responsabilidad que asumen sus miembros sobre la vocación y destino de cada uno de ellos. Es un tema esencial en el concepto mismo de persona, vinculado indisolublemente al ejercicio de su libertad. Más que de personas se habla hoy de los individuos como sujetos de necesidades, sueños o deseos que la sociedad procura satisfacer o, al menos, ordenar el modo cómo ello

pueda realizarse. No sólo se habla poco de responsabilidad, sino que, al final, se abandona a cada uno a su suerte en cuanto a considerar aquellas necesidades o deseos que objetivamente no pueden encontrar satisfacción en el mercado. Se es responsable de algo, sin embargo, cuando se sabe colaborar con otros a compartir el peso y soportar los costos o la fatiga del camino que conduce hacia aquello que valoramos. Tratándose de personas, la responsabilidad alcanza a la felicidad y al destino eterno de quienes se nos ha confiado.

Nadie puede asumir una verdadera responsabilidad, en este sentido, si no ha descubierto la verdad de su vinculación objetiva a otros, si no está dispuesto a compartir gratuitamente la vida por la conciencia de que él mismo la ha recibido como don. Por eso, el acto mayor de la responsabilidad humana es dar la vida a otros o por otros. No existe antropología alguna que podamos inventar que no parta de este hecho fundamental, puesto que dar la vida representa el completo abandono al misterio del cual somos parte.

La familia educa a la responsabilidad porque vincula muy inmediatamente la libertad de la persona al misterio de la transmisión de la vida, tanto en su dimensión biológica como cultural y religiosa. Por ello, debemos preguntarnos en qué medida tenemos conciencia de que cada familia es verdaderamente un signo de la creación, de la donación de Dios al hombre. No hay nada más gratuito y más inmerecido que la vida misma. En un sentido bastante novedoso y único en la teología latinoamericana, la Conferencia Episcopal de Puebla habló de la Iglesia como familia de Dios, no sólo pueblo de Dios, sino familia de Dios, haciendo referencia a una doble dimensión: por un lado, a que la familia tiene como modelo el misterio de la Trinidad, el vínculo de la mutua pertenencia en Dios y, por ello, debe esforzarse de vivir conforme a ese misterio; por otro, la familia como signo del misterio de Dios que se regala al todos los hombres tiene también un sentido misionero y reclama su lugar en la misión de la Iglesia.

5. La obediencia como expresión de amor

Una última huella del misterio que quería mencionar en relación a la familia es que ella es un lugar donde se aprende a obedecer. En el

plano del orden institucional, el mundo moderno nos ha enseñado que la única razón que tenemos para obedecer es el temor a la violencia, la hipótesis de la guerra de todos contra todos, el temor a la sanción, a perder los bienes económicos o a sufrir algún daño. La obediencia no es, sin embargo, sólo una expresión del temor, sino del amor. Quien descubre que no se pertenece a sí mismo, sino que es parte de un misterio más grande, que su realidad más íntima procede del don y que la vida que le ha sido dada proviene de un cuerpo del cual uno sólo es un miembro, entonces se descubre la obediencia como la respuesta adecuada del hombre a la realidad de la cual proviene y al destino al que ha sido convocado.

Estas tres huellas, entre muchas otras dignas de mención, definen de modo particular una conciencia de ser persona en virtud de la gracia vinculante y sponsal de Dios en relación al hombre, el cual no escoge sino que es escogido. Por ello, la familia es un lugar privilegiado de humanización del hombre. Descubriendo en ella su propia humanidad, es un lugar de cultura irrenunciable para el hombre. La familia, como célula de la sociedad, es memoria viva, actual de la historia de la humanización del hombre. Tal como hacemos distintas obras de caridad, debemos tener conciencia de que construir y desarrollar la familia es una de las obras de caridad más importantes que la Iglesia puede hacer. En este plano existe además el desafío de que nadie puede sentirse excusado de hacerlo, puesto que en cualquier calidad, como esposo o como hijo, como padre o como hermano, en cualquiera de estas relaciones, todos forman parte de una familia.

En este sentido, no se trata de utilizar a la familia pastoralmente como un instrumento estratégico. Ella misma es una obra de la misericordia que anunciamos y, por lo tanto, no hay que instrumentalizar a la familia para otros fines, aunque sean muy elevados, sino más bien dejarle ser testimonio de la vida de comunión de que la Iglesia es portadora. La familia es ella misma un lugar de misión que se ofrece al mundo como un signo de esperanza. Pero es preciso clarificar que el hecho de pertenecer a una familia a nadie ahorra la pertenencia a otras organizaciones del tejido eclesial: la parroquia, los movimientos, las comunidades de base, la comunidad de vida consagrada, etc. La familia

no puede ser una excusa para no hacer otras cosas, sino que es un lugar donde se vuelve a vivir la memoria del misterio humano y a encontrar la energía necesaria para ir a todas partes a hacer presente el anuncio de la Iglesia. Por ello es falso plantear como dilema la pertenencia a la familia o a la comunidad, a la familia o a la parroquia. La familia, como signo de la comunión de la Iglesia, debe humildemente aprender de las otras formas de vida religiosa y enseñar, a la vez, con humildad, lo que es su propia experiencia. Si la familia asumiera cada vez más esta conciencia, no sólo colaboraría grandemente con la pastoral de la Iglesia, sino que aprendería también a descubrir, cada vez más profundamente, lo que significa pertenecer al misterio de Cristo.

La familia cristiana que nace de la alianza matrimonial indisoluble es una "Iglesia Doméstica". Del mismo modo como a la libertad de María al pie de la cruz le fue encargada la filialidad del discípulo, al matrimonio le es encargada la vida de los hijos y de la "comunidad de personas", es decir, la comunión en el amor. Esta comunión es enteramente humana, puesto que nace del "hacerse una sola carne". Pero la libertad que en ella se cultiva debe ser capaz de dialogar con la libertad del mismo Dios y comprender el misterio de su autodonación. Por ello, la familia es un camino de seguimiento de Cristo, asumido en comunidad. Ninguno de sus miembros podría tener una aspiración mayor que poder contemplar el rostro de Cristo crucificado, en el que se manifiesta la fidelidad incondicional de Dios al hombre. Como le escuche decir una vez al P. Alfredo Morin, en la cruz se manifiesta que sólo Dios puede ser verdaderamente hombre, y que los hombres pueden serlo, si le prestan a él su "carne" para que haga de ella su morada.

[Tomado de "Persona., Matrimonio y Familia".
Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994, pp 139-153]